

á los señores feudales, vasallos todos del imperio, á los tributarios, cruzaban el país en todas direcciones; cuando en el mercado de Tlaltelolco (ciudad rival de Tenochtitlán recientemente conquistada y anexada) se reunía la población semanariamente, se veía el odio y la amenaza brillar en los ojos de aquellas ardientes multitudes, que sólo esperaban la voz de su soberano para lanzarse al combate. En esas circunstancias, Cortés visitó el teocali central, y con intrepidez sin nombre, arrojó á los ídolos antropófagos de su santuario; entonces creció de un modo indecible el deseo de venganza en los corazones, y el mar humano apretaba sin cesar el Tecpan en que los conquistadores se repartían el tesoro de Ashayacatl, no sin grave descontento y turbulencias entre los soldados, que esperaban mucho más; Cortés los calmó con promesas.

Era tiempo; naves españolas mandadas por Velázquez habían llegado á la Veracruz, y Motecuhzoma, que había aconsejado á Cortés el abandono de su empresa, si no quería perecer en ella, le comunicó la nueva. Cortés bravamente partió al encuentro del enviado de Velázquez con buen golpe de españoles, y maniobró con tanta habilidad, que Narváez, así se llamaba el enviado, estuvo á pique de perder la vida y perdió su ejército.

Cortés regresó triunfalmente á Tenochtitlán; la ciudad, embravecida y delirante, sitiaba el cuartel español; el insensato Alvarado, á quien Cortés había dejado el mando, había matado á una buena parte de la nobleza en una fiesta religiosa, por robarla, y los calpulis se habían alzado como un hombre solo. En vano Cortés acudió á la interposición del emperador cautivo; éste fué desconocido y herido por uno de los príncipes reales, el joven Cuauhtemoc. No quedaba más que huir; se cargaron de oro los soldados, Motecuhzoma fué asesinado, y rodeados de los tlascaltecas partieron en las tinieblas los conquistadores. Atacáronlos los meshicas en la calzada de Tlacopan y mataron, ahogaron y sacrificaron á una parte de ellos. El resto huyó en la sombra pavorosa de *la noche triste*.

Huitzilipochtli estaba vengado; en su templo restaurado, y sobre sus aras nuevas, corrió otra vez la sangre en honor suyo: todos los prisioneros españoles fueron sacrificados. El



Fray Bartolomé de Olmedo

flamante pontífice máximo, Cuauhtemoc (hijo del feroz Almizotl), dirigió la purificación de los teocalis y sin duda coronó al bravo Cuitlahuac, el verdadero jefe de la batalla en «la noche triste.» En seguida se limpió la ciudad de enemigos, matando del Cihuacoatl (justicia mayor y par del monarca) abajo á cuantos se habían manifestado adictos á los invasores; se dispuso el aseo y la defensa de la capital; reforzaronse todas las guarniciones del imperio, sobre todo en la zona por donde Cortés se retiraba hacia el mar, y se enviaron embajadas á los señoríos independientes y tributarios para establecer alianzas de común y suprema defensa. Pero los meshicas ó culhuas, como les llamaban los tributarios, luchaban por una causa desesperada; la viruela, introducida de las islas á Yucatán y luego traída á las costas veracruzanas por los soldados de Narváez, se propagaba con pasmosa celeridad y, dejando casi indemnes á los españoles, se cebaba en los indígenas con voracidad espantosa. Lo mejor del ejército meshica, sus veteranos indomables, el emperador mismo, sucumbieron; la enfermedad divina, como la llamaban por creerla un sortilegio de los tenlas, preparó el camino triunfal de Cortés.

Don Hernando mantenía firme la alianza de los tlascaltecas (con halagos y con darles libertad absoluta de pillar las comarcas que aun no se sometían y permitirles devorar á sus prisioneros); desde Segura de la Frontera (Tepeaca), segunda de las ciudades fundadas por los españoles en estas regiones, dirigió excursiones en un radio inmenso, verdaderas algaradas de donde resultaban la recolección de inmenso botín de guerra y, sobre todo, de prisioneros, que se libertaban de ser comidos gracias á la esclavitud. Conformábase con la opinión dominante entre los españoles de las islas; para éstos, los indios apenas se diferenciaban de las bestias y todos los que eran antropófagos debían ser reducidos á la esclavitud y marcados con hierros candentes; así se hizo millares y millares de veces. Para colmo de fortuna, Cortés pudo reparar en buena parte sus pérdidas; Velázquez, desde Cuba, enviaba buques en demanda de Narváez, y Garay, desde Santo Domingo, mandaba, una tras otra, expediciones para señorearse de la cuenca del Pánuco, conforme con sus autorizaciones; todo ello recaló en la Veracruz y cayó en poder de D. Hernando. Éste había resuelto apoderarse de Tenochtitlán, dominando primero los lagos por medio de embarcaciones *ad hoc* (los famosos bergantines) que se construyeron en Teshcoco, y dió al rey parte de lo que había hecho é idea de lo que iba á hacer, pidiéndole para las nuevas tierras descubiertas el nombre que le daban los soldados desde la expedición de Grijalva: la Nueva España.

Aquel hombre que multiplicaba sus hazañas militares y su actividad política hasta tomar, ante los ya numerosísimos grupos de indios sometidos, una actitud de soberano y árbitro supremo; que consideraba á los meshicas como súbditos rebeldes, pues que Motecuhzoma había hecho pleito homenaje de su reino á Carlos V; aquel prodigioso aventurero, tenía un competidor digno de él, el nuevo emperador de los culhuas, el pontífice Cuauhtemoc-tzin, la más hermosa figura épica de la historia americana. El mismo Cortés, y prolija é interesantísimamente en su inimitable crónica Bernal Díaz, han contado las peripecias del asedio de la capital azteca; la lenta concentración de las fuerzas del emperador, combatiendo palmo á palmo, atacando siempre, volviendo con mayor coraje cada día á la resistencia, á pesar de que la lucha incesante con los aliados de los españoles, que crecían sin cesar, las diezaba, mientras la peste, hiriendo de preferencia á los jefes, las debilitaba profundamente. Los españoles, incendiando y destruyendo las poblaciones culhuas ó amigas de éstos, atentos sobre todo á aumentar el botín de guerra con todo el oro que podían haber y todos los cautivos

que podían ser reducidos á la esclavitud, recibiendo la marca del hierro, iban señoreándose del valle, del lago con los bergantines, después de las cabezas de las calzadas, y desde aquel instante los días de Tenochtitlán estaban contados.

Cortés ha hecho el mejor elogio de la defensa de Tenochtitlán: «Yo,—dice en una de sus cartas,—viendo como éstos de la ciudad estaban tan rebeldes y con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos á nosotros de tantos peligros y trabajos, y á ellos y á su ciudad no los acabar de destruir, porque era la cosa más hermosa del mundo.» Tenochtitlán iba siendo arrasada á medida que ocupada; flacos de enfermedad, de hambre y de cansancio, aquellos hombres no querían más que morir; en los últimos combates apenas tenían fuerzas para manejar el macahuitl, la espada nacional, y embrazar sus rodela; los innumerables canales y acequias de la ciudad eran colmados con cadáveres y escombros; por encima de ellos, de los teocalis y los *tecjans* desmoronados, saltando sobre las piedras esculpidas y sobre los ídolos rotos, avanzaban los sitiadores, que eran millares y millares; el tufo de la sangre y de la muerte había traído de las tierras chichimecas y de los confines de Shalishco á las hordas feroces, que venían á presenciar la agonía asombrosa del águila. Los dioses habían callado y muerto; seguros de ser vencidos, aquellos hombres, aquellas mujeres, que llegaron á devorar á sus hijos antes que verlos esclavos, lucharon hasta el último latido del corazón, sin esperanza. ¡Pobres tenochcas! Si la historia se ha parado á contemplaros admirada, ¿qué menos podremos hacer nosotros, los hijos de la tierra que santificasteis con vuestro dolor y vuestro civismo? Él merecía que la patria por que moríais resucitase; las manos mismas de vuestros vencedores la prepararon; de vuestra sangre y la suya, ambas heroicas, renació la nación que ha adoptado orgullosa vuestro nombre de tribu errante y que, en la enseña de su libertad eterna, ha grabado con profunda piedad filial el águila de vuestros oráculos primitivos.

Debelado y destruido Tlaltelolco; Cuauhtemoc, alma y genio de la resistencia, capturado y encadenado, todo había concluido. La obra de la conquista quedaba zanjada, todo lo demás sería la consecuencia de la incomparable empresa de Cortés.

Los mexicanos somos los hijos de los dos pueblos y de las dos razas; nacimos de la conquista; nuestras raíces están en la tierra que habitaron los pueblos aborígenes y en el suelo español. Este hecho domina toda nuestra historia; á él debemos nuestra alma.



Escudo de armas de la Federación Mexicana